

A. James Gregor,
Los rostros de Jano. Marxismo y Fascismo en el siglo XX,
Madrid-Valencia, Biblioteca Nueva-Universidad de Valencia, 2002

Profesor de la Universidad de Berkeley, A. J. Gregor es uno de los más distinguidos estudiosos del fascismo italiano, al que ha dedicado libros fundamentales como *The Ideology of Fascism* (1969), *Interpretations of Fascism* (1974), *The Fascism Persuasion* (1974), *Young Mussolini* (1979), *Italian Fascism* (1979) y numerosos artículos.

En esta obra, el historiador norteamericano analiza el desarrollo de la teoría marxista-leninista del fascismo; y los elementos marxistas existentes en la ideología fascista italiana. Para Gregor, «gran parte de la inspiración ideológica del Fascismo procedió de los socialistas revolucionarios». Lo que hoy se manifiesta en la Rusia post-soviética, en la que los marxistas críticos han intentado construir una ideología alternativa para «la salvación nacional», muy próxima, en muchos aspectos, a los planteamientos del Fascismo histórico. Gregor estima que el Fascismo, lejos de ser un movimiento político vacío de ideas, es una de las grandes ideologías del siglo xx. Ante todo, se consideró «una respuesta funcional a las demandas de los países menos desarrollados en su desigual curso con las «plutocracias» establecidas». Por ello, repre-

sentaba «una concepción compleja de la naturaleza de la revolución en el siglo xx»; y no resulta históricamente lícito dudar de «la autenticidad revolucionaria del pensamiento fascista». El Fascismo fue un movimiento político muy rico intelectualmente, como lo demuestra las figuras del pensamiento que lo apoyaron, la mayoría procedentes de la izquierda, como Robert Michels, Sergio Panunzio, Arturo Labriola, Olivetti, etc.; e igualmente neohegelianos y nacionalistas, como Giovanni Gentile, Enrico Corradini o Alfredo Rocco. ¿Cuáles son los rasgos de esta ideología? Su centro era la nación, concebida como «mito» —en el sentido sorreliano del término— movilizador, como producto histórico, «consecuencia de una respuesta popular a una cultura compartida, a una historia común y la sugestión psicológica en un ambiente específico». A su lado, el Estado corporativo, como «personificación concreta de la nación», que «da una forma concreta al material proporcionado por la historia»; y como sujeto movilizador de una industrialización acelerada, que redujera las diferencias sociológicas entre las naciones atrasadas y las hegemónicas. El factor racial se utilizaba, en el fascismo italiano,

como «sinónimo de pueblo o nación»; era «una construcción dinámica, producto del aislamiento geográfico y social, acompañado de la endogamia, la selección natural y artificial, y la variabilidad genética». Se trataba de un producto histórico, «forjado a lo largo de un tiempo prolongado en el crisol de unas instituciones gobernadas por reglas». «Era moldeada por la voluntad política y sostenida por un sentimiento de integridad cultural». «Era —concluye Gregor— una visión del mundo en que la dignidad, la seguridad y la vida de los pobres se adquirirían y se aseguraban sólo a través de la lucha nacional». La clave del mundo contemporáneo era, en fin, «la lucha entre las naciones pobres y las ricas conforma los acontecimientos y determina el futuro». Algo que, en no pocos aspectos, se asemejaba a la doctrina marxista-leninista del imperialismo.

¿Cuál era la visión fascista del marxismo ruso? Los fascistas consideraban poco consistente el internacionalismo de los bolcheviques; no existía prueba alguna de que las masas proletarias se identificasen con ninguna de las expresiones internacionalistas. Y la prueba de ello había sido el desarrollo de la Gran Guerra. El internacionalismo no estaba al servicio de propósitos revolucionarios, sino conservadores. Igualmente, discrepaban de la tesis marxista del derrumbe inevitable del capitalismo. Mussolini y sus intelectuales sostenían que

el capitalismo industrial no solamente había sobrevivido a la Gran Guerra, sino que tenía «todos los indicios de comenzar un ciclo de amplio crecimiento». Los fascistas profetizaban que los bolcheviques «se verían forzados a volver al nacionalismo, a restaurar la preeminente y directiva jerarquía que lo sostiene, y a embarcarse en un programa de desarrollo de la devastada economía nacional». En definitiva, «el bolchevismo, como forma de marxismo, había malinterpretado por completo los desafíos del mundo contemporáneo». La publicística bolchevique seguía realzando los temas del internacionalismo, la democracia, el antiestatismo y el socialismo, en un momento en que Stalin se hacía cada vez más nacionalista, autoritario y estatista. Por ello, Mussolini pudo muy bien hacer referencia al «criptofascismo» de Stalin. Los fascistas llegaron a la conclusión de que ambos sistemas terminarían fusionándose, para «dar lugar al perfil general de una economía que satisficiera las necesidades del siglo xx».

Gregor analiza y expone a continuación las distintas interpretaciones marxistas del Fascismo. A ese respecto, cree que Marx y Engels proporcionaron a sus herederos políticos e intelectuales una serie de pautas analíticas «vagamente formuladas y cuasi-deductivas», que en el fondo estaban más cercanas a la moral que a la ciencia; lo que no impidió que suministrasen a la comunidad intelectual

européa las primeras interpretaciones sobre el Fascismo, y hasta hace poco dominantes. Estas interpretaciones insistieron en ver al Fascismo como «una reacción industrial y agraria» al empuje comunista, que dio lugar a una dictadura conservadora y antiproletaria, incapaz de acelerar el desarrollo de las fuerzas productivas. Con más o menos variantes, estos fueron los planteamientos de Lenin, Guérin, Dutt, Bujarin, Trotsky, Togliatti, etc. Para Gregor, estas interpretaciones fueron, en el mejor de los casos, «una caricatura de la verdadera secuencia política e histórica»; eran tan simplistas que apenas merecían análisis. Hubo, sin embargo, algunos marxistas independientes, como Thalheimer, Borkenau, Rosenberg y otros, que matizaron su carácter de «movimiento político autónomo de movilización de masas» y su «tarea progresista» de desarrollo de las fuerzas productivas en Italia. Tras la Segunda Guerra Mundial, la interpretación marxista ortodoxa siguió siendo la dominante; pero hubo algunos disidentes como Galkin, Alatri, Vajda, que lo interpretaron como movimiento independiente de la burguesía, y que tenía un proyecto modernizador de las estructuras capitalistas. Existió igualmente una interpretación marxista antisoviética, defendida por Poulantzas, caracterizada por su «evidente falta de confirmación empírica», pero cuyo interés estribaba en «su descubrimiento

del papel principal jugado por la lucha específicamente política, expresada a través de las instituciones, en vez de solamente factores económicos» y en la influencia del pensamiento de Mao. Esta interpretación estaba relacionado, según Gregor, con el conflicto chino-soviético, ya que Mao había relacionado a la Unión Soviética con el Fascismo y a su país con el auténtico socialismo.

La caída del régimen comunista a partir de los años 90 actualizó el tema del Fascismo en Rusia, particularmente entre las elites políticas e intelectuales. Los pensadores nacionalistas y comunistas evolucionaron, en algunos casos, hacia ciertas formas de Fascismo. En ese aspecto, el autor analiza los planteamientos políticos de Sergei Kurginian, Nikolai Lysenko, Vladimir Zhirinovski, Alexander Projanov, Gennadi Ziuganov, etc; todos ellos coincidentes en propugnar un Estado autoritario, nacionalista, desarrollista y antiliberal, es decir, muy próximo al Fascismo.

* * *

En uno de sus ensayos más lúcidos Ortega y Gasset habló del «cariz enigmático» del fascismo. Eso lo dijo en 1925; y desde entonces han surgido multitud de interpretaciones sobre este fenómeno político. Ya en los años 20, apareció la interpretación «demonológica» del fascismo, que tuvo, en realidad, su máxima influencia tras la Se-

gunda Guerra Mundial, y cuyos máximos representantes fueron los marxistas. Esta interpretación lo que hacía es convertir al Fascismo en una especie de categoría eterna: el mal radical. Mal radical que siempre se hallaba presente en el corazón y en el inconsciente del hombre, pero que únicamente la aparición, con la revolución comunista, del orden nuevo ha hecho que se cristalizara y decantara en su estado puro. Era el «irracionalismo», el «miedo a la libertad», la «personalidad autoritaria», la «reacción feudal», el «antimodernismo», etc, etc. Los historiadores españoles de izquierda —los de derecha, por obvias razones, no quisieron entrar en el tema— no se han distinguido, en general, por su capacidad analítica del fenómeno fascista; y cómodamente, se instalaron en esta interpretación «demonológica». Su producción tuvo, sobre todo, un carácter político, de militancia contra el régimen franquista, identificado sin más como una variante del Fascismo. Es preciso recordar, a ese respecto, no por su calidad, que fue nula, sino por su carácter paradigmático, la crítica del historiador comunista Manuel Tuñón de Lara, a la interpretación del franquismo como régimen autoritario del sociólogo Juan José Linz. Esta crítica se caracterizó por su carácter visceral y por su contenido pedestre. El adjetivo «autoritario» ofendía a Tuñón, como antifascista; hacía al franquismo «menos sospechoso», incluso

podía otorgarle cierta «virginidad política, llegando incluso a hablar de pluralismo». Para este historiador, que ejerció una influencia desproporcionada durante varios años en la historiografía española, el golpe de Estado de Pinochet en Chile era puro fascismo, «un fascismo que ya no es el de Mussolini e Hitler, porque vivimos casi medio siglo después». Pero existía, además, para el historiador comunista, una acepción «popular» del Fascismo, que identificaba a éste con el régimen nacido de la guerra civil, lo que era igualmente ignorado por Linz, y lo que, en fin, invalidaba toda su construcción intelectual: «Vayan ustedes —afirmaba Tuñón— a decirles que los destructores de las obras de Picasso no son fascistas, sino «autoritaristas» y un tantico «pluralistas» por añadidura». Lo mismo podemos decir de un libro que hizo furor entre los sectores universitarios de izquierda, *El fascismo en la crisis de la II República*, de Javier Jiménez Campo, publicado en 1979; y donde se daba una interpretación bastante tópica, y ya muy retrasada en otras latitudes europeas, particularmente en Italia o Francia, del Fascismo como ideología «irracional» cuyo objetivo era el retorno al sistema feudal. No menos discutible era la identificación defendida por Raul Morodo, en su libro sobre *Acción Española y los orígenes ideológicos del franquismo*, entre fascismo y tradicionalismo. Así, el régimen de Franco sería «nuestro peculiar

fascismo». De la interpretación defendida por José Luis López Aranguren en *¿Qué son los fascismos?*, solo podemos concluir su absoluta indigencia.

Todas estas interpretaciones eran reflejo, sin duda, no sólo de nuestra situación política, sino del atraso de nuestros historiadores, filósofos y científicos sociales. Eran un caso más, aunque bastante tardío, de esa abundante literatura crítica del Fascismo, consistente en modelos contruidos fuera de él y puramente «demonológicos». Como ocurrió con el tema de la Revolución Francesa en los años 60 y 70, a partir de las obras de Alfred Cobban, François Furet, etc, por esos mismos años se inició una auténtica y lúcida ofensiva contra las interpretaciones tradicionales del Fascismo, protagonizada por historiadores serios como Renzo de Felice, Emilio Gentile, Zeev Sternhell, etc. En esta ofensiva, finalmente victoriosa, tuvo igualmente un papel de primer orden Gregor, que fue un auténtico precursor de esa interpretación razonada del fenómeno fascista. Lo más desazonante desde el punto de vista intelectual es que estas nuevas interpretaciones sólo han podido triunfar tras la crisis y caída tanto del marxismo intelectual como de los regímenes comunistas. Hasta entonces, la mayoría de los intelectuales se negaron por convicción ideológica o sobre todo por presión mediática y política, a poner en duda la interpretación «demono-

lógica», hasta entonces canónica, del Fascismo. Hacerlo equivalía, al menos para algunos, a justificar el Mal absoluto; lo que no sólo estaba bastante lejos de la realidad, sino que implicaba una especie de chantaje intelectual e ideológico, que bloqueaba e impedía el debate de ideas y el necesario contraste entre métodos y planteamientos.

Las tesis fundamentales de Gregor —la importante base doctrinal del Fascismo, la influencia en ella del marxismo y del sindicalismo revolucionario, su carácter de «dictadura del desarrollo», la indigencia de las interpretaciones marxistas, o su visión de las ideologías en la Rusia postsoviética— son muy lúcidas y ponen el dedo en la llaga de la problemática general suscitada por el fenómeno fascista. Tienen importantes dosis de verdad; y han abierto, desde hace tiempo, un nuevo paradigma interpretativo. Era obvio desde hacía mucho tiempo, aunque pocos se atrevían a afirmarlo, que las interpretaciones marxistas, en sus diversas variantes, pero principalmente en sus versiones más ortodoxas, nunca dieron una respuesta plausible, mínimamente razonada a las preguntas que suscitaba el desarrollo y la consolidación de los sistemas y movimientos fascistas. Fenómenos tales como la movilización de masas que implicaron y la presencia en su ideología de claros elementos de las tradiciones de izquierda no recibieron respuestas convincentes, cuando no

fueron simplemente negadas u obviadas como algo molesto y perturbador. Por otra parte, en los aspectos socioeconómicos el círculo de interpretaciones no era menos complejo y contradictorio. Considerado como mera reacción capitalista, no podía explicarse la presencia en sus filas de la pequeña burguesía e incluso de sectores del proletariado. En ese, como en otros aspectos, las críticas de Gregor son convincentes. Lo son igualmente sus tesis sobre el Fascismo como «dictadura del desarrollo». El régimen mussoliniano no fue un fenómeno económicamente reaccionario, sino que favoreció la modernización y el crecimiento económico. Muy interesantes son las críticas de los fascistas al stalinismo, lo que demuestra que, como señaló otro historiador del fascismo, Ernst Nolte, los enemigos autoritarios del comunismo soviético no estuvieron absolutamente privados de racionalidad y que sus críticas estaban muy lejos del «irracionalismo» que tópicamente se les ha atribuido.

La última de las tesis de Gregor podía apellidarse, en cierto sentido, como la «venganza del Fascismo», semejanza a la «venganza de Dios» o de las religiones, de que habla Gilles Keppel. Paradójicamente para algunos, es en la Rusia postsoviética, donde el fascismo tiene hoy un mayor porvenir político e intelectual; y no en Europa, donde los Le Pen, Haider, etc, no sólo no pueden ser conceptualizados como fascistas militantes, salvo por los periodistas indoctos, sino que nunca llegarán al poder para transformar el sistema político demoliberal, dado el vigor de sus tradiciones y el recuerdo de los avatares de la Segunda Guerra Mundial. Es en Rusia, con su inacabable crisis social y económica, con una sociedad civil infradesarrollada y la ausencia de la tradición ilustrada y liberal, donde es de esperar el desarrollo de un movimiento fascista de envergadura.

PEDRO CARLOS GONZÁLEZ CUEVAS

Michel Poizat,
Vox populi, vox Dei. Voix et pouvoir,
París, Métaillé, 2001, 321 págs., índice de nombres.

«Je ne dis même pas la politique, c'est l'inconscient, mais tout simplement l'inconscient, c'est la politique». La lectura del título desde esta cita de Lacan, presente en el Epílogo del libro de Poizat, introduce bastante

bien el objeto que el autor se plantea resolver y los medios a través de los que se vale para intentarlo. Se trata de un trabajo que busca analizar las funciones de la voz dentro de la formación de la autoridad. Un trabajo que